

Hacia la comprensión de Europa

José Luis Martín Cárdbaba

europa

Tomo prestado el título de estas divagaciones del libro «Understanding Europe», publicado en los años 50 del siglo pasado por el británico Christopher Dawson.

En ellas voy a reflexionar sobre esa realidad política llamada Comunidad Europea, o más exactamente Unión Europea tras el borrador del tratado por el que se establecía una «Constitución para Europa» (2004), adulterado y descafeinado posteriormente por el Tratado de Lisboa (diciembre 2007). Es un ensayo muy aparente en este primer semestre del año 2010 en el que España ejerce la presidencia de turno o «pro tempore» de la Unión.

De lo que se trata es de comprender a Europa como unidad política y a sus variopintos ciudadanos, que nadan entre las diversas identidades nacionales y el ideal europeo, vertebrados en un común denominador que les distinga de otros «individuos» en los escenarios internacionales. Intento seguir y estimular igualmente una andadura hacia esa realidad supranacional que a muchos nos resulta ya agotadora –a pas de fourmi– con tantas etapas intermedias después de más de medio siglo de camino (sin duda perjudicial para la imagen europea y para su influencia a escala mundial), superando la mera plataforma multinacional de cesión de soberanías nacionales.

Los tratados que hasta ahora se han dado los estados que forman la Unión Europea no definen cuál sea la esencia de este ente político novedoso que pasó de ser una comunidad económica a una comunidad política. Se le designa simple y literalmente «como Unión Europea, nacida de la voluntad de los ciudadanos y de los Estados de Europa»¹. Sería, pues, Europa una comunidad de estados o pueblos que están avanzando y experimentando, con las enmiendas que conlleva en la praxis la aplicación del invento, el nacimiento de una entidad política supranacional, sin precedentes en la historia hasta la fecha, situada en un espacio geográfico bien definido y concreto del continente euroasiático².

A esos estados y a sus pueblos les define una historia secular común; han vivido en y han creado una cultura universal: la llamada occidental o europea. Frente a los nacionalismos disgregadores y centrífugos la Europa actual procuraría una plataforma social y política que destaque los elementos aglutinantes, «la unidad en la

diversidad y el respeto a las minorías» injertadas en mayorías cuantitativamente más relevantes, pero manteniendo y combinando aún los objetivos y valores europeos con la soberanía estatal de sus componentes. Europa progresaría así por la cesión o limitación voluntaria de la soberanía de sus pueblos. La esencia histórica, la substancia espiritual de esa realidad política europea sería la cultura cristiana, corregida y enmendada por la Ilustración y las revoluciones primero, hornada por la hostilidad a los totalitarismos del siglo XX después.

De ahí que en el Preámbulo de su proyecto de Constitución, antes del Tratado de Lisboa, se hablase de la herencia cultural, religiosa y humanista. (Es curioso, pero no se cita al cristianismo explícitamente, a pesar de que en los 27 estados se practica y haya practicado secularmente esta religión bajo sus confesiones católica, protestante u ortodoxa.) Apoyada en esta herencia –continuaba el borrador de Constitución citado– la Unión Europea desarrollará «los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la igualdad, la libertad individual y la democracia y el estado de derecho» en el marco de organización colectivo o social. Éstos serían sus ideales.

¹ Título Primero del Tratado de la Constitución para Europa del 2004.

² Oswald Spengler afirmaba que no existe un continente europeo, sino que Europa es parte del continente que llama Eurasia.

Hacia la comprensión de Europa

El Cristianismo y la identidad europea

Europa es una comunidad de pueblos que participa de unos mismos valores, pero es igualmente una realidad histórica y cultural, una civilización protagonizada y compartida por aquéllos, una comunidad de espíritu que ha perdurado por más de mil años, partiendo del Mediterráneo, impulsada por las culturas grecolatinas (cultura clásica), en las que se injerta el cristianismo después de Constantino y que perduró bajo diversas formas y siglos hasta llegar la secularización de la cultura. Fue influyente, definitoria y pionera mientras se presentaba como un todo y mientras los nacionalismos y posteriormente las revoluciones y totalitarismos no le arrebataron esa presentación al querer imponerse ellos como un todo y no como una parte, lo que condujo a las peores catástrofes bélicas vividas por la humanidad.

A pesar de todo la cultura occidental o europea fue durante siglos la cultura por antonomasia. Creo que aún sigue siendo así, a pesar de que algunos analistas y políticos extra europeos (apodándola despectivamente «la vieja Europa») perciban síntomas de un agotamiento en su vitalidad, que podría también afectarles a ellos,

ya que son herederos de esa cultura por sus antepasados y porque asumiéndola, han contribuido a mejorarla cualitativamente.

Se olvida además que todas las crisis son siempre una opción o encrucijada tanto para mejorar como para empeorar; por ello no es

situando la historia contemporánea en este escenario político económico cuyos actores principales serían EE UU como «protagonista», así como China, Rusia, India, como «comparsas», cabe preguntarse cuál es y será el papel de la Unión Europea en este «teatro del mundo» cuyos actores principales son extra europeos

correcto diagnosticar en una posible, coyuntural decadencia temporal, una catástrofe definitiva. La desaparición de los imperios y civilizaciones ha ido precedida por un secular proceso de desangramiento y esterilidad. De lo que sí podemos estar ciertos es de que, como decía Oswald Spengler en

su *Untergang des Abendlandes*³, las civilizaciones y culturas son como los seres vivos: nacen, crecen y se desarrollan para terminar muriendo. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que la cultura europea aún no ha entrado en agonía.

El desarrollo de la cultura occidental podría dividirse así, desde la rapidísima presentación histórica que he hecho líneas arriba y desde su esencia cristiana, en tres etapas principales: la precristiana, la cristiana y la poscristiana. La primera comprendería el helenismo y el mundo romano; la segunda la formación cristiana del Occidente y del Oriente, el mundo medieval, el período de las divisiones y guerras religiosas y la cultura humanista (siglos XVI-XVIII); la tercera la época de las revoluciones (finales del XVIII y XIX), coincidente con la secularización de la cultura, que abocan, tras la desaparición de los imperios militares, en los totalitarismos y en dos «guerras civiles» europeas de consecuencias gravísimas, tanto que se las designa como mundiales.

Al nuevo orden político diseñado con los Acuerdos de Yalta y Potsdam, a la guerra fría y a su posterior solución incruenta con la caída de los regímenes comunistas y de su principal soporte, la

URSS, ha seguido un período de mayor serenidad para Europa con un nuevo mapa del continente, trazado, eso sí, no sin sufrimientos, peleas sangrientas y hasta intentos genocidas localizados (Yugoslavia, Kosovo), causados por las desmembraciones de antiguos estados que nacieron de manera artificial tras el último conflicto bélico mundial.

El triunfo de los EE UU como potencia líder con vocación de omnipresencia universal y el desprenderse o emerger de unos pueblos hasta ahora arrinconados en la insignificancia y no catalogables como occidentales –más aún tenidos como pobres y marginales hasta hace poco– han sido también rasgos sobresalientes del cambio de siglo. Baste citar a China, India o Brasil, en plena expansión económica, juvenil dinamismo social y optimismo colectivo (¿quién hubiera pensado hace medio siglo que China sería capaz de organizar unos Juegos Olímpicos o de ser el «banquero» de EE UU y el exportador número uno, dejando atrás a la experimentada y emprendedora Alemania?).

Esclerosis política y falta de solidaridad

Situando la historia contemporánea en este escenario político eco-

³ *La decadencia de Occidente.*

Hacia la comprensión de Europa

nómico cuyos actores principales serían EE UU como «protagonista» en un papel dominante y polivalente, así como China, Rusia, India, etc., como «comparsas» interpretando papeles de mayor o menor relevancia regional en el reparto internacional, pero no primarios, cabe preguntarse cuál es y será el papel de la Unión Europea en este «teatro del mundo» cuyos actores principales son extra europeos.

Para no quedarse en la segunda fila de la «foto de familia», la Unión Europea deberá ser más atrevida y decidida en la acción colectiva, más creativa y unida políticamente y menos particularista. Es muy fácil y rápido caer en la mediocridad e irrelevancia como agente influyente de la política mundial. Puede pasarle a Europa algo parecido a lo que les ha sucedido a Francia y Gran Bretaña en el siglo XX, aunque se resistan a aceptar que ya no son primeras potencias y que su radio de acción se limita a escenarios geográficos de corto alcance⁴ más simbólicos que reales.

Desde el Tratado fundacional de Roma hasta hoy ha transcurrido más de medio siglo en el que los países europeos han avanzado en una dirección correcta y en un sentido acertado; pero para ser una

potencia política no basta sólo con apoyarse en una superficie geográfica y en un pueblo de dimensiones continentales, si los egoísmos e intereses nacionales priman sobre las utopías supranacionales. Es cierto que la Unión Europea se ha dado ya sus símbolos, de los cuales quizás el más importante sea el euro, ahora un poco tambaleante, y un organigrama de instituciones valiosas; pero no lo es menos que éstas se pierden, se desorientan y enredan en un laberinto de intereses y formalidades nacionales particularistas que obstaculizan la marcha común mientras los años se escapan. Los estados miembros se miran más al ombligo de la clientela nacional y los mercados interiores que a los objetivos y valores comunes de la Unión.

Hay que desterrar, pues, y hacer desaparecer con más celeridad los esquemas nacionalistas (¿qué pensar a estas alturas del siglo XXI sobre la búsqueda y definición de «l'identité française» resucitada y sometida a debate por el gobierno francés debido a presiones internas de política de emigración?). Es buena la unidad en la diversidad, pero siempre que esta última no sea un actor asfixiante para el todo unitario. Lo cual no significa proclamar la uniformidad como modelo. Resumiendo: como decía Fe-

⁴ francophonie, commonwealth.

lipe González recientemente en una entrevista televisiva: hay que avanzar hacia los ideales europeos «mejor ayer que mañana».

Una de las barreras a superar en este camino de la Unión Europea hacia la supranacionalidad real, y no sólo como ideal teórico, es el

*en la reciente conferencia
de Copenhague sobre el
clima se puso en evidencia
que Europa quedó
marginada de las decisiones
finales, por lo demás
intrascendentes; EE UU y
China decidieron sin
contar con ella*

nacionalismo. Hay que convertirlo en elemento secundario, en un accidente irrelevante y pardillo, sino Europa terminará con los rasgos de una organización internacional, una mini ONU continental. En este programa de futuro, impulsado por las instituciones comunitarias, los ciclos son muy lentos y se tarda años en traducir los programas en actos.

Ya sé que hay que tener paciencia sin perder el norte, pero tampoco

hay que andar como los cangrejos. Quedan aún muchos resquicios nacionalistas en el edificio europeo, mucha dualidad en la savia que debiera nutrir un ente fuerte y robusto, debilitado por cuotas de reparto entre sus miembros o por el derecho de veto. Citemos al Parlamento de Estrasburgo aun cuando los grupos del mismo se aglutinen por ideologías y no por nacionalidades y hayan sido elegidos por el voto de sus pueblos, o a la Comisión, la institución europea más supranacional en la práctica, parecida a escala mayor, al hegeliano *Beamtenstaat* prusiano: una élite de funcionarios (eurócratas) que se recluta por cuotas nacionales.

Tras el Tratado de Lisboa, en el que se han designado tanto a un Presidente de la Unión como a una Alta Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, lo cual es ya un avance, basta acudir a los foros internacionales para observar que lo nacional prima en general sobre lo europeo. Es triste, pero es así: Europa no habla con una sola voz. Veremos qué tipo de servicio diplomático europeo nos da Bruselas tras el Tratado de Lisboa y si no es éste un mero duplicado de las diplomacias nacionales. Estas intervenciones disonantes y plurales de sus miembros debilitan a Europa.

Hacia la comprensión de Europa

Si nos fijamos en la política de defensa sucede otro tanto. Europa tendría que disponer al menos de un ejército único y no de sucedáneos como el Eurocuerpo. ¡Qué menos para afianzar la supranacionalidad que tener una política exterior y de seguridad común efectiva! En la reciente conferencia de Copenhague sobre el clima se puso en evidencia que Europa quedó marginada de las decisiones finales, por lo demás intrascendentes. EE UU y China decidieron sin contar con ella.

Si se mira a los ciudadanos europeos, no ya como colectivo, sino como individuos, uno se topa con un espectáculo similar de disgregación. Incluso las instituciones europeas son mucho más activas en impulsar lo supranacional que sus ciudadanos. Se han logrado, por ejemplo, gracias a las instituciones europeas, intercambios estudiantiles, reconocimiento de documentos y actuaciones multinacionales, acuerdos en materia de derecho civil, en la colaboración de las policías de los estados, etc. Pero el ciudadano normal, el hombre de la calle, primero se autodefinirá y actuará como francés o portugués y luego como europeo. Lo contrario de lo que sucede en EE UU con sus numerosas etnias y minorías. Todos son *american citizen*, luego viene su *nationality*.

Quien haya vivido por un período de tiempo en una gran ciudad del estilo de París, Londres o Berlín habrá percibido el reparto de sus residentes por barrios (no digo guetos). Y quien haya visitado en los veranos las playas baleares habrá observado que se da hasta un reparto de los espacios vacacionales por *islas urbanas* o zonas marítimas de colorido británico, francés, alemán o italiano, donde se ubican sus nacionales que no se mezclan mucho con los nativos o autóctonos. Hasta en el ocio pasajero vacacional no pueden vivir sin sus propios restaurantes, sus propios canales de televisión y sin los comercios que les venden alimentos y bebidas patrias. Así va la integración europea a nivel de pueblos por mucho que se trate de europeizar a sus ciudadanos.

Para atajar esos nacionalismos condicionantes hay que insistir en la necesidad urgente de una *educación histórica y cultural europea* que oriente a las jóvenes generaciones y las encamine por una misma senda hacia ese futuro europeo ideal, despojándolas de los hábitos nacionalistas fruto del nacimiento y del cercano entorno. La indiferencia de algunos estados, que se aprovechan de las ventajas económicas de la UE, pero siguen en el aislamiento insular y en una forma de ser diferente, es

muy nociva para el conjunto. A mí me sorprende mucho, al ojear cualquier tratado de la UE, ver al final de su articulado legislativo la cantidad de estipulaciones privativas que añaden los estados signatarios para sus reservas o para la anulación de aquellas disposiciones comunes que no aplicarán en sus territorios. Y es que no hay dos elementos que impriman un carácter más indeleble en la configuración de la naturaleza o esencia humana que la nacionalidad y la religión.

El último lustro no ha sido de avance, sino más bien de esclerosis en la consolidación de la UE. La reciente crisis económica con la bancarrota griega ante los ojos parecía que iba a hacer cambiar a los estados miembros de la zona euro y, como decía el diario *Le Monde* en su editorial del pasado día 11 de febrero, esa coyuntura era una oportunidad para «volver a la so-

lidad» comunitaria. Sin embargo, las movidas del eje franco alemán de Merkel y Sarkozy quedaron en mucho ruido y pocas nueces. El experimentado político luxemburgués Juncker, nada sospechoso de buscar laureles personales o de partidismos nacionalistas, hizo una radiografía muy nítida del estado actual de Europa: la indecisión del último Consejo ante la crisis económica constituye «una negligencia económica grave». Falló la empatía con los *estados pillos* de la periferia meridional europea, tan imaginativos que incluso aplican su fantasía a la contabilidad nacional, practicando la llamada contabilidad creativa. Europa tiene que dejar los comunicados finales de mínimo contenido para satisfacer a todos y dar mayores zancadas hacia la unión política: hasta convertir sus estados nacionales en simples estados de la Unión similares a los de los EE UU de América. ■